Universidad Iberoamericana Puebla

Repositorio Institucional **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Revista Magistralis Número 22

Hacia un creyente hermeneuta. Reflexiones sobre ser cristiano hoy

Calavia, Miguel Ángel

2015-03-12

http://hdl.handle.net/20.500.11777/550

http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf

Magistralis, núm. 22, enero-diciembre, 2002

HACIA UN CREYENTE HERMENEUTA REFLEXIONES SOBRE SER CRISTIANO HOY

Miguel Ángel Calavia, S.B.J. *

Introducción

De todos es sabido que la vida cristiana se inicia en el bautismo, pero ni éste es una especie de tatuaje que nos acompaña, imborrable, toda la vida; ni aquélla es una casa o un refugio, al abrigo de la intemperie. Ambos son un camino, una forma de ser y vivir, en medio del mundo, sometido a influencias de todo tipo. Por eso, no se es cristiano o cristiana en las nubes, sino en una sociedad y cultura concretas.

Y aquí está precisamente el reto: ¿cómo ser cristiano o cristiana en el momento actual?

El actual pluralismo cultural influye, sin duda, en la forma de ser cristiano. La uniformidad que había en años pasados sobre la vida cristiana ha dejado paso a formas muy diversas de vivir la fe cristiana. La prueba está en la variedad de comunidades y movimientos presentes en la Iglesia actual, con lecturas muy distintas de lo que implica el seguimiento de Cristo. Y es lógica la pregunta: ¿Hay claves presentes en el Evangelio y en el Concilio Vaticano II, que definen al seguidor de Jesucristo?

* Director del Instituto Tecnológico Salesiano "Martín Cadalor" y del Instituto Superior de Ciencias Religiosas "Don Bosco", Barcelona, España.

En atención al par de interrogantes presentados, este texto resalta algunos perfiles de la vida cristiana, especialmente relevantes y significativos en el actual contexto sociocultural.

Un contexto sociocultural nuevo

Hasta no hace mucho, bastaba que un individuo no rompiera con la religión establecida en la que había nacido para ser considerado "persona religiosa". Hoy la situación es distinta. Se habla de "crisis de Dios", de "eclipse de Dios", nos hemos quedado "sin noticias de Dios". Incluso hay personas que viven convencidas de que "Dios ha muerto". "Dios" se va convirtiendo para muchos en una "palabra fósil", testigo de la fe de otros tiempos, pero sin apenas significado real en la actualidad.

Ya no basta una pertenencia más o menos pasiva a una Iglesia, ni la supuesta adhesión a un conjunto de verdades religiosas transmitidas tradicionalmente; tampoco es suficiente la aceptación de unas normas de conducta ni la práctica social de unos ritos. La actual crisis religiosa está haciendo poco significativas e incluso inviables muchas de estas expresiones tradicionales de la fe, que en la mayoría de casos sólo desarrollan "la epidermis de la fe".

El actual contexto sociocultural nos coloca ante el reto de hacer una nueva y personal experiencia de Dios, cultivar un cristianismo más personalizado, más "vocacionado".

Cristianos... con una experiencia y sentido de Dios

En este inicio de nuevo siglo se repiten una y otra vez palabras del gran teólogo K. Rahner, consideradas por él mismo como su posible testamento: "El hombre religioso de mañana será un místico, una persona que ha experimentado personalmente a Dios, o no podrá ser religioso; pues la religiosidad del mañana no será ya una convicción pública unánime".

Cada vez es más evidente que el futuro de la fe cristiana no depende tanto de un cristianismo sociológico, alimentando con unas cuantas "prácticas religiosas", sino de la experiencia personal de Dios. Sin experiencia de Dios no habrá creyentes, ni cristianos.

Vivir una experiencia personal de Dios quiere decir, fundamentalmente, encontrarse con él y reconocerle como *fundamento* o cimiento de nuestro ser y como *futuro* que alimenta nuestra esperanza, pues "en él vivimos, nos movemos y existimos" (Hech 17, 28). Una confianza radical que no es resultado de un razonamiento ni convicción provocada por otros desde fuera; el creyente la capta como gracia y regalo del mismo Dios.

La experiencia de la fe se identifica con esta confianza radical; la persona "sabe" que no está sola, como el trapecista que se lanza al vacío porque sabe que le esperan otras manos para recogerle. Lo decisivo entonces, en el camino de la fe, no es ver a Dios, sino ser visto por Él; no es entender a Dios, sino ser conocido por Él; no es llamar a Dios, sino ser llamado por Él; no es buscar a Dios, sino ser encontrado por Él. Ser creyente, en definitiva, es ser consciente de que Dios nos visita cada día y de forma totalmente gratuita, con su amor.

Dios en el centro de la persona, no en la periferia

En nuestra cultura occidental estamos tan acostumbrados a "usar" y servirnos de las cosas materiales, que fácilmente hacemos lo mismo con las personas, y también con Dios. De acuerdo con este criterio, no es extraño que Dios esté ahí, junto a tantas cosas y personas, en la superficie, en la corteza de nuestra vida, compartiendo con ellas, incluso en porcentajes más bajos, niveles de importancia, significado o sentido. Dios, la familia, el trabajo, el ocio, el fin de semana, el coche, etc., aparecen juntos, sin apenas discontinuidad o sentido de la diferencia.

Incluso, hay personas que se confiesan creyentes, para las que Dios aparece más bien como "aguafiestas", y no tanto como germen de vida y esperanza.

En este contexto, cada vez se ve más necesario que los creyentes cristianos sean testigos de una nueva relación con Dios. Testigos de que cuando Dios ocupa el centro de la propia vida, ésta se recrea hacia "dentro" y hacia "afuera". Hacia *dentro* porque, desde Dios, nuestra vida recobra su sentido más profundo, y se abre ante la perspectiva insospechada de vivir, como nos dice Jesús de Nazaret, como "hijos de Dios". Y hacia *afuera* porque, también desde Dios y desde su mirada, los otros y lo que sucede a nuestro alrededor se ven, interpretan y

viven de forma nueva, como "hermanos en Cristo" y lugar donde germina y crece el Reino de Dios.

Para ello, para que Dios se vaya perfilando gradualmente en el centro de nuestra vida, es preciso que el hombre deje de ser *centro* de sí mismo, e inicie un proceso de *des-centramiento,* de salir de sí mismo; y abandone cualquier intento de *absolutización* del propio yo y de las realidades temporales. Es preciso superar actitudes y formas de vida, con marchamo de egocentrismo, egolatría o idolatría.

Dios en el centro, como salvación

No tendría sentido, incluso sería irracional, si la experiencia de Dios, como centro de la propia vida, anulara la persona o la hiciera vivir en la alienación, el infantilismo o la cobardía (como afirmaban los "Maestros de la Sospecha": Marx, Freud y Nietzsche). Si la persona creyente vive la centralidad de Dios en la propia vida es porque se trata de una experiencia vivida como salvación, como realización total, última y definitiva.

Pero, cuidado, esta experiencia de salvación no es un añadido a las propios deseos, posibilidades, perspectivas o proyectos. Si así fuera, Dios nos pasaría de ser un "añadido" a lo que ya somos, o un "inquilino" al que acudimos cuando necesitamos algo, con el peligro de hacer de Dios un ídolo a nuestro propio servicio, o una ideología desde la cual justificar las actitudes y comportamientos más dispares; o, como ya acuñó D. Bonhoeffer, un Dios "tapagujeros".

Dios en / con nosotros es la experiencia de un nuevo nacimiento, de una nueva manera de ser, como ya indicó el mismo Jesús al viejo Nicodemo: para experimentar el reino de Dios, *hay que nacer de nuevo* (cf. Jn 4).

"Si el río suena, agua lleva"... O la necesidad de expresar la fe

La persona humana tiene unas dimensiones mediante las cuales exterioriza su *identidad*, el propio *yo:* tiene sentimientos, capacidad de razonar, se expresa mediante gestos y ritos, actúa según ciertos valores y actitudes, y vive con otros. No hay experiencia humana (el amor, la libertad, el gozo, el sufrimiento...) que quede recluida "dentro" de nuestra identidad; todas se manifiestan al exterior de una forma u otra.

También la experiencia de Dios como "centro" de la propia vida y como "salvación" última y definitiva, si es verdadera, tendrá que manifestarse al exterior; y lo tendrá que hacer a través de las dimensiones de la persona. Así, es lógico que el creyente exprese esta experiencia de Dios desde la *razón*, que nos permite expresar en lenguaje la relación-concepto de Dios, y hacerlo "razonable". Así ha nacido la *teología*, la reflexión sobre Dios en una situación o contexto concreto; la propia *afectividad* y *sentimiento*: como vehículo para encontrarse con Dios y expresar esta experiencia de fe en la *oración;* la capacidad *ritual* de la persona, que permite exteriorizar también la experiencia de fe en gestos y ritos. Así nace la *liturgia,* la celebración de los sacramentos, etc.; la dimensión *ética*: que exterioriza la vivencia de la fe en comportamientos y compromisos personales y sociales; la dimensión *social,* que lleva al creyente a vivir y compartir su fe con otros, en iglesias, comunidades, instituciones religiosas...

Todas estas manifestaciones son importantes. Son indicadores que señalan si una experiencia de fe es auténtica o no. Ofrece dudas e interrogantes aquel creyente que, por ejemplo, no hace oración, o no se pregunta por el significado de Dios en la propia vida, o no celebra la fe, o lleva una vida al margen de principios morales de su propia religión, o no se siente miembro de su comunidad o iglesia.

Es verdad que hay creyentes que privilegian algunas de estas manifestaciones (también llamadas "mediaciones" de le fe) y olvidan otras. Por ejemplo, creyentes que dan importancia al compromiso social y no celebran la fe, y viceversa. O gente que dice creer en Dios pero no se siente miembro de la Iglesia correspondiente. O gente que celebra la fe, y su vida camina al margen de los valores evangélicos, etcétera.

Las cuatro expresiones de la fe cristiana

También el cristiano, si es consciente de su bautismo, exterioriza la fe. Y lo hace en las cuatro expresiones de la fe cristiana:

a) Expresión comunitaria de la fe *(Koinonia):* El cristiano no vive su fe de forma individualista, sino en comunidad y en comunión con toda la Iglesia. La comunidad es el lugar donde Cristo está presente y donde se va haciendo realidad la salvación o el Reino de Dios. "Don-

de dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18, 20).

Y en esta comunidad o Iglesia, los cristianos son llamados a ser signo de un modo nuevo de convivir y compartir, signo de comunión que responde al anhelo de fraternidad, de paz, de reconciliación y comunicación de los hombres y mujeres de todos los tiempos.

Pero la unidad y la comunión de la comunidad cristiana no es fruto de la uniformidad de sus miembros, sino de la aportación de los distintos carismas y ministerios a una causa común que es ser signo del Reino. Por eso es importante que todo cristiano se plantee el modo y forma concreta de vida, desde los que quieren ser Iglesia y contribuir a esta causa.

b) Expresión testimonial y anuncio *(Martyria):* Todo cristiano o cristiana está llamado a ser *testigo* de aquello que cree y vive: la salvación que Dios nos ha mostrado en Cristo Jesús. Sólo así su vida es significativa, "dice algo" en el actual momento sociocultural.

Pero este testimonio implica también *anuncio* y comunicación de un *mensaje*, que libera, proporciona las claves para interpretar el sentido de la vida y de la historia, y hacen al cristiano portador de vida y esperanza. "Yo he venido para tengan vida y vida abundante" (Jn 10, 10).

Por eso, este testimonio y anuncio piden el conocimiento, profundización y personificación de la persona, y mensaje de Jesucristo; el encuentro con Cristo en la vida cotidiana, un proyecto personal de vida desde los valores del Evangelio, una fe vivida en diálogo crítico y constructivo con la cultura.

c) Expresión de servicio y compromiso *(Diaconía):* El cristiano no es cristiano para sí sino para los demás, para contribuir, a través del servicio, en la construcción del Reino. El Reino de Dios es don gratuito, es *gracia*, pero don asumido personalmente y, por tanto, responsabilidad y *tarea* del hombre. Un modo nuevo de ser y vivir, realizado en el amor fraterno, la entrega y el compromiso gratuito y solidario por los demás, sobre todo hacia los pobres y excluidos de la sociedad.

Este servicio no es sólo cuestión de acciones puntuales o esporádicas, sino una verdadera vocación, una manera de ser, que contribuye a hacer realidad la cultura del amor y la solidaridad; un servicio de responsabilidad personal y social a través de compromisos graduales y estables.

d) Expresión celebrativa (*Liturgia):* El cristiano celebra con gozo y agradecimiento la fe de la Iglesia en la liturgia, en los sacramentos, en los que se participa de la vida nueva y liberadora que se nos ha dado en Cristo. Una liturgia que implica la lectura y contemplación de la vida como sacramento de la presencia de Dios, la actitud de oración personal y comunitaria *desde* y *para* la vida, la vivencia eclesial de los sacramentos –Eucaristía, Reconciliación– como fuerza para el compromiso, la participación en los tiempos litúrgicos de la Iglesia, y en otras celebraciones de la iglesia local.

Cristianos... en la cultura actual

Como ya habíamos señalado, no se es cristiano o cristiana en las nubes, sino en un lugar, tiempo y cultura concretos. Ambos influyen en la forma de ser creyente, y en los acentos, perfiles o retos que tiene el testimonio y servicio cristianos en nuestra cultura occidental. En este sentido son iluminadoras las palabras de Juan Pablo II (1982): "Una fe que no se convierte en cultura, en forma de vida, es una fe no acogida en plenitud, no pensada en su totalidad, no vivida con fidelidad".

Esta relación entre la fe y la cultura en que se vive, ha originado diversos tipos de ser cristiano en la iglesia, presentes en las distintas comunidades locales y movimientos cristianos. Al final de este texto, en el apartado "Para saber más", ofrecemos una tipología de creyentes cristianos, según se viva la fe en relación o al margen del cambio cultural.

Como ya indicamos en la introducción, apostamos por un cristiano, testigo de las líneas-fuerza del Nuevo Testamento y la teología de fondo del Concilio Vaticano II en la cultura actual, un cristiano o cristiana que podríamos llamar *intérprete* o *hermeneuta*: aquel que se acerca a la propia persona y al ambiente en que vive de forma crítica, y sabe leerlos e interpretarlos desde el Evangelio. Un creyente que vive su fe desde una situación concreta, libremente asumida, y trabaja para lograr una síntesis entre fe-vida, entre fe-cultura. Un cristiano que se siente vinculado personalmente a una comunidad, la cual le ayuda a situarse ante los cambios sociales, a superar las crisis, a orientar y evaluar su compromiso en la sociedad.

Enumeramos algunos *perfiles o rasgos* de este cristiano o cristiana que quiere vivir con coherencia su fe y, al mismo tiempo, ser significativo en su actual sociedad y en su cultura.

Un cristiano o cristiana que personaliza la fe

La nueva situación sociocultural impone como primer perfil del cristiano la *personalización* de la fe.

Ya en el siglo pasado, J. H. Newman constataba que una fe no asumida personalmente conducía a las personas cultas a la indiferencia y a las personas sencillas a la superstición. El panorama actual parece confirmar el diagnóstico.

El teólogo P. Congar, refiriéndose al cambio experimentado por el catolicismo desde el Concilio de Trento (siglo XVI) hasta nuestros días, señalaba que la reforma tridentina privilegió una serie de instituciones, normas y prácticas que defendiesen a los católicos de los peligros externos.

El resultado, quizá sin pretenderlo, fue un tipo de cristiano que, utilizando una imagen, sería como las especies que, al carecer de esqueleto, desarrollan un poderoso caparazón para subsistir y defenderse (MERSCH). El cambio cultural actual, sobre todo el proceso de secularización, y la evolución de algunos sectores de la propia Iglesia, se han encargado de arrancar una a una las capas de ese caparazón; y la única solución para el cristiano actual será, por tanto, desarrollar el esqueleto de una fe y vida interior más personal.

Ello conlleva pasar de un cristianismo impersonal y de masas, a un cristianismo personalmente asumido; de una fe pasiva a una fe activa; de un catolicismo preocupado sólo por cumplir los ritos y prácticas establecidos, muchas veces por obligación o por presión social, a un cristianismo "vocacionado". Un cristianismo personalizado que implica escuchar la invitación a la fe, asumir la llamada a la conversión, encontrarse con Jesucristo en la propia vida, descubrir el tesoro del Reino y responder personalmente con la acogida y la disponibilidad.

a) Actitud de contemplación como condición

Pero personalizar la fe y la vida cristiana es un proceso largo y

complejo. Se precisan unas actitudes de fondo. J. Martín Velasco resalta la actitud de *contemplación.*

La contemplación no es un momento o sector de la vida de las personas en contraposición a la acción, al apostolado o a las obras de caridad, sino una relación con Dios desde lo que somos y hacemos, un movimiento de todo nuestro ser hasta encontrarnos con esa fuente de la que procede nuestra vida, que es Dios. "Todas nuestras fuentes están en ti" (Sal 87,7).

Para ello es necesario superar la tentación de vivir volcado sobre los propios bienes o disperso en mil asuntos y quehaceres; hacer experiencia de silencio, recogimiento y apertura contemplativa a la realidad y, sobre todo, superar el encerramiento en sí mismo.

Los cristianos vivimos la contemplación desde la convicción de que Dios ha hablado de muchas maneras a los hombres por medio de los profetas, pero al final nos ha hablado en la persona de su Hijo (Heb 1,1-2). Por eso la contemplación cristiana conlleva el *seguimiento de Jesús,* con la forma de vida, las actitudes y comportamientos que lleva consigo dicho seguimiento.

b) Contemplativos en la cultura actual

La cultura actual no facilita esta actitud contemplativa y la personalización de la fe; más bien pone *dificultades*. El cristiano o cristiana ha de ser consciente de ello, y leer dichas dificultades como reto para vivir la fe de forma más personalizada.

La situación de *secularización* es un desafío para que la fe no se convierta en algo accesorio o paralelo a la vida, o suplante indebidamente los logros humanos.

Las *críticas que se siguen haciendo a la religión* y a la vida cristiana invitan a vivir la fe de forma más significativa, mostrando con la propia vida que la fe nos hace personas "normales", lejos de la alienación, el infantilismo o la cobardía.

La *presencia del mal*, experimentado en carne propia y en tantos inocentes, como lo demuestran el "holocausto", los *gulags,* las guerras, los genocidios, la injusticia de un mundo con divisiones cada vez más profundas entre las personas y países ricos y pobres, nos hace vivir la fe en situación de *noche oscura*, de ausencia de Dios. Con una

sensación de *inseguridad*, que más que reclamar o urgir su presencia y su intervención aparatosa, nos coloca en actitud de silencio y espera confiada, como lo experimentó el mismo Jesús en su relación con los pobres y excluidos de la sociedad y, sobre todo, en la cruz.

Un cristiano que vive la fe en una comunidad concreta

La aceptación de la Iglesia por parte del conjunto de la sociedad ha entrado en crisis; afecta, incluso, a muchos de sus miembros. Se ha incrementado considerablemente el número de los *cristianos y católicos sin Iglesia*.

La dimensión eclesial de la fe cristiana tiene su primer fundamento en el designio de Dios, revelado en Jesucristo, de reunir a los dispersos, de reconciliar a los divididos, formando con todos ellos *un solo pueblo*. A ese designio se refiere la predicación de Jesús sobre el Reino, y sus gestos de acudir a los alejados, de celebrar banquetes con ellos y de rodearse de un grupo de discípulos.

Por eso, creer en Jesucristo, ser cristiano, no es aceptar aisladamente, de manera individual, la doctrina de Jesús, ni luchar aisladamente por su causa, sino agregarse a una comunidad que haga presente en germen y esperanza el nuevo Pueblo de Dios.

a) La comunidad cristiana, forma concreta de ser iglesia

Los primeros cristianos acuñaron el término "fraternidad" para designar a las comunidades cristianas extendidas por el mundo; cada fraternidad (la de Jerusalén, Antioquia, Corinto, Éfeso, Tesalónica, Filipos, Roma, etc.) era una comunidad de creyentes, comunidad de los hermanos y hermanas bautizados, unidos por la fe en Jesucristo.

Fraternidades o comunidades diversas, según el lugar y la cultura en que viven, pero con elementos comunes:

- *Dios, Padre de todos*. La comunidad cristiana no es el fruto de la decisión o esfuerzo, acuerdo o consenso de los cristianos, ni se congrega por razones de cercanía, afinidad, parentesco o comunidad de interés; sino que surge, convocada por Jesucristo, desde el reconocimiento de Dios como Padre común.

La comunidad cristiana tiene su fundamento en el origen común de

todos los hombres, creados por Dios a su imagen y semejanza, y en la inserción por la fe y el bautismo en la nueva humanidad inaugurada por Jesucristo, en quien todos hemos sido hechos hijos de Dios y, por tanto, hermanos. La comunidad cristiana es un don de Dios, o dicho con otros términos: los hermanos no se eligen, se reciben.

- *Igualdad fundamental de los hermanos*. La construcción de la comunidad comporta la superación de cualquier motivo que tengan los miembros del grupo para la desigualdad o la discriminación. En Jesucristo "no hay judío o griego, siervo o libre, varón o mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús" (Gál 3,27). Por Cristo Jesús "los que en un tiempo estabais lejos habéis sido reunidos [...], pues él es nuestra paz, que hizo de los dos pueblos uno, derribando el muro de la separación, reconciliándolos a ambos [...], dando muerte en sí mismo a la enemistad" (Ef 2,12-17).

Las comunidades cristianas están llamadas a ser signo de esta igualdad. Y lo serán si son capaces de superar barreras y desigualdades entre sus miembros, propias de otros tiempos, que no hacían sino demostrar "dos clases de cristianos": la *jerarquía*, que arrogaba la responsabilidad, la enseñanza, el poder, la iniciativa; y los *laicos* o *seglares* a los que correspondía tan sólo escuchar, obedecer, callar y ser objeto de la acción de los jerarcas.

Esta situación se vio acentuada en el caso de las *mujeres*, que han padecido –y en parte padecen todavía– una doble discriminación, la de su condición de laicos y la de su condición de mujeres.

Después del Vaticano II, y su insistencia en definir la Iglesia como *Pueblo de Dios,* se han sentado las bases para la superación de esa forma indebida de organización de la Iglesia, aunque ese reconocimiento no acaba de traducirse en reformas estructurales concretas.

Por eso conviene recordar con frecuencia el Evangelio:

> Pero vosotros no os hagáis llamar "maestro", porque uno sólo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos. Ni llaméis "padre" a nadie sobre la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre el que está en los cielos. Ni os hagáis llamar "doctores", porque uno sólo es vuestro doctor, Cristo. El más grande entre vosotros sea vuestro servidor (Mt 23, 8-11).

Por supuesto que esto no supone la negación de los diversos *ministerios* presentes en la estructura de la Iglesia (obispos, presbíteros y diáconos). Pero el hecho de que el Nuevo Testamento no utilice las palabras griegas habituales en el ambiente sociocultural para designar los poderes y dignidades de la sociedad, y haya introducido en cambio el término *diaconía,* muestra que en la Iglesia no hay más ministerio que el del *servicio*, realizado desde responsabilidades concretas.

b) Comunidad cristiana inserta en una sociedad concreta

La dimensión comunitaria de la fe cristiana, como hemos dicho, se vive en comunidades concretas. Pero cada comunidad forma parte de la sociedad, y vive en un contexto sociocultural concreto sujeto a constantes cambios y, como tal, sujeta a influencias de todos tipo. Por eso es importante que la comunidad cristiana se plantee con frecuencia cómo vive su relación con la cultura ambiental, y los signos evangélicos que transparenta en ella. Esto conlleva revisar constantemente los rasgos de esta relación.

En este sentido, hay que evitar algunas formas inadecuadas de comunidad cristiana, por su escasa significatividad en el momento actual. Por ejemplo: Una comunidad cristiana que vive en actitud de "atrincheramiento", porque lo de fuera es malo o peligroso. Este tipo de comunidad se convierte fácilmente en un *gheto*, aislada de lo que sucede en el exterior, y fácilmente usa el anatema o la condena de todo lo que no coincide con los propios planteamientos. O una comunidad, en el polo opuesto, "rendida" a la cultura de turno, con la consiguiente merma de la fuerza profética del Evangelio y de propia fe.

La Iglesia, cada comunidad cristiana, ha sido pensada por Jesús como "germen del Reino" en medio del mundo: levadura dentro de la masa, sal de la tierra, luz del mundo, ciudad para servir de punto de referencia, semilla para dar fruto. O para decirlo con las palabras de otra parábola de Jesús, la Iglesia no es la viña; la viña es el amplio mundo; y la Iglesia somos un pequeño grupo de llamados a trabajar para que la viña del mundo produzca su fruto.

Por eso se puede decir, en frase de E. Schillebeeckx, y de forma casi provocativa, que "fuera del mundo no hay salvación". La Iglesia, a tra-

vés de las comunidades cristianas, está llamada a ser experta en humanidad y ser signo del Reino en medio y en las afueras de la ciudad, como "minorías proféticas de choque" (J. Maritain), de comunidades de contraste o comunidades alternativas que manifiesten y hagan presentes los valores del Reino; descubriendo aquellos lugares que son sacramentos o signos desde donde Dios se nos manifiesta, grita e interpela: el sacramento de la *historia* que lee los acontecimientos a la luz de la fe y descubre en ellos huellas positivas o ausencias llamativas del paso de Dios por nuestro tiempo; el sacramento del *hermano* que descubre la llamada de Dios en el rostro del otro, invitando al respeto y al amor incondicional; y el sacramento del *pobre*, el verdadero "vicario de Cristo", el que re-presenta a Cristo (J. I. González Faus).

Un cristiano cercano, solidario y voz de los sin voz

Esta sacramentalidad del pobre nos introduce en otro de los perfiles significativos del ser cristiano. El cristiano actual está llamado a ser testigo de cercanía y solidaridad hacia los sectores más desfavorecidos y excluidos de la sociedad. Testimonio que se apoya en *criterios y convicciones evangélicas* y se expresa en *actitudes* significativas en el momento actual.

Solidaridad cristiana con unas convicciones de fondo

El compromiso solidario del cristiano nace de convicciones claras y firmes. No se trata de una corazonada o una actuación momentánea, sino de un estilo de vida que compromete a toda la persona. Apuntamos algunas de estas convicciones:

a) *La fe en Dios significa apostar y trabajar por el pobre.* Cuando Jesús anuncia la llegada del reinado de Dios entre los hombres, los primeros destinatarios de este anuncio o Buena Noticia son los pobres: "El Espíritu del Señor está sobre mí y me ha ungido para que dé una Buena Noticia a los pobres" (Lc 4, 18).

Los pobres son los destinatarios privilegiados del Reino, no porque sean mejores que los demás, sino porque son pobres y abandonados. Dios, Padre de todos, no puede reinar en la humanidad sino haciendo justicia precisamente a los hombres y mujeres a los que nadie hace justicia (Sal 72, 12-14; Sal 146, 7-10).

Por eso, el reino de Dios se hace presente allí donde se trabaja a favor de los pobres y excluidos, y éstos experimentan de algún modo los signos de la salvación de Dios. Y, viceversa, allí donde los pobres no noten nada bueno, donde no perciban ninguna buena noticia para ellos, allí sigue ausente el reino de Dios.

b) *El rostro de Cristo se dibuja en el pobre.* El Evangelio cambia radicalmente nuestra manera de mirar a los pobres y, por tanto, nuestra manera de entender la sociedad actual. Los pobres no son ya sólo una clase social con carencias de todo tipo a la que hay que proveer, ni mucho menos gente peligrosa a la que se debe ayudar, por si acaso; los pobres son personas con la misma dignidad de todo ser humano, donde el cristiano descubre el rostro de Cristo: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt 25, 40). El Papa Pablo VI llegó a decir que son "sacramento de Cristo".

Por eso, a Cristo se le encuentra hoy en los pobres y excluidos. *Desde y en* ellos, Cristo nos habla, nos interpela, cuestionando nuestros esquemas de vida y nuestra manera de vivir la fe; nos llama a la conversión y nos urge al servicio y al compromiso.

c) *Seguir a Jesucristo es llevar la Buena Noticia a los pobres y desvalidos.* Seguir a Jesucristo conlleva verse a sí mismo como instrumento de Dios para llevar una Buena Noticia a los pobres, a los últimos. Ello implica:

• *Acogerles y hacerles sitio.* Jesús, antes de proporcionar ayuda, se acerca, hace sitio al pobre, a la prostituta, al enfermo, al enajenado, al leproso... es decir, a todos aquellos que viven en el mundo, sin que el mundo sea para ellos un hogar. El compromiso cristiano comienza por *hacer sitio* en la propia vida, en las propias preocupaciones y tiempo a los que no tienen sitio en esta sociedad.

• *Defender al débil.* La actuación de Jesús es conocida: rompe barreas sociales, se sienta a la mesa con los marginados, toca a los leprosos, crea comunicación, rehabilita, recuerda a todos la dignidad de cada hombre y de cada mujer.

El compromiso cristiano va creciendo en nosotros cuando comenzamos a interesarnos sobre todo por los débiles, cuando en nuestro corazón hay una tendencia a acercarnos a los que están abajo, en

último lugar, cuando sentimos predilección por los débiles y nos ponemos de su lado de forma concreta y comprometida.

• *Salvar lo perdido.* Jesús habla en sus parábolas de la oveja perdida; del hijo pródigo, de la moneda extraviada. Es el lema de su vida: "El Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido" (Lc 19, 10). Jesús se pone al servicio de toda la sociedad (los ricos y los pobres, los buenos y los pecadores), pero comienza a partir de los últimos. Con su actuar, Jesús les va revelando un *nuevo rostro de Dios.* Les hace palpable la ternura y el cariño de Dios. Sus gestos encarnan y hacen realidad el amor del Padre hacia esos seres, los más perdidos y desvalidos.

Esta es la manera cristiana de situarse en la sociedad, estar junto a los últimos, acercarse a los que se están perdiendo, defender y recuperar la dignidad de las vidas que se están echando a perder.

Algunas actitudes de la solidaridad cristiana

La solidaridad del cristiano con los pobres y excluidos de la sociedad no debe quedarse en un mero sentimiento o deseo de que las cosas cambien; requiere actitudes de fondo, que han de presidir la propia vida:

a) *Sencillez de vida frente a la idolatría del dinero.* Nuestra sociedad aparece hoy dominada por la idolatría del dinero, como forma de alcanzar un bienestar cada vez mayor. Crece un clima en el que apenas cuentan otros valores que no sea el dinero, el éxito, el consumo, el bienestar, el fin de semana, el último modelo de coche, la moda... Es cierto que se habla de crisis, pero no se suele escuchar el grito de los que sufren de verdad las consecuencias.

La solidaridad cristiana en esta situación implica optar libremente por un estilo sencillo y austero de vida, por una cultura de la sobriedad, que haga creíble nuestra presencia y misión en medio de los pobres y, al mismo tiempo, sea factor crítico en el actual ambiente de consumismo alocado.

Si no lo hacemos libremente y como signo del seguimiento de Jesús, será la misma situación mundial la que nos obligue a hacerlo. Vivir la sencillez evangélica encierra también una gran energía liberadora. Nos hace mucho más libres frente a formas de bienestar y progreso que esclavizan y producen marginación.

b) *La defensa de la persona frente al desarrollo inhumano.* La ciencia y el desarrollo técnico sólo tienen sentido humano si están al servicio de la persona. Cuando sucede al revés, o cuando se ponen al servicio de un sector privilegiado y hunden en la miseria a otros sectores más desfavorecidos, se convierten en factor de opresión y deshumanización.

No se trata de despreciar la ciencia o el progreso sin más, sino de ponerlos en su sitio, siempre al servicio de las personas. La persona tiene un valor absoluto, como imagen de Dios que es, y no ha de ser sacrificada en función de nada ni de nadie, y menos de la técnica.

El compromiso cristiano significa defensa de las personas: comprometerse con los desempleados y subempleados, luchar contra la discriminación, acoger a los extranjeros, defender a los mal tratados por la sociedad, etc. En una palabra, buscar siempre el bien de las personas, defender su dignidad y sus derechos.

c) *Actitud compasiva y samaritana frente a la insensibilidad social.* La sociedad moderna está todavía muy lejos de aquella *civilización del amor*, deseada y proclamada por el Papa Pablo VI. El desarrollo de la técnica, la búsqueda de la máxima eficacia y rendimiento a costa de lo que sea, la organización burocrática de los servicios, traen consigo el riesgo de reprimir la "civilización del corazón".

Cada vez hay menos lugar para el corazón, para la ternura, el cariño y la acogida cálida e incondicional de cada persona. Cada vez hay más personas que experimentan la pobreza de afecto, de cariño, de amor cercano. Son personas a las que nadie escucha, nadie espera en ningún sitio, nadie acaricia y besa. Las instituciones y los servicios sociales pueden cubrir un tipo de necesidades materiales, pero no pueden ofrecer la amistad, la escucha, la comprensión, el cariño, la ternura.

El compromiso cristiano está llamado hoy a introducir misericordia en esta sociedad, "poner corazón" en los engranajes de la vida y de la cultura, liberar de la soledad, acompañar en la depresión, aliviar la vejez, sostener la vida del desvalido.

d) *Responsabilidad social frente a la inhibición o el fatalismo.* En el ambiente cultural actual asistimos a una progresiva inhibición y despreocupación por los problemas ajenos. Los motivos son varios, ya expresados anteriormente: el neoindividualismo, como preocupación exclusiva del ámbito personal y familiar, y cierta desconfianza hacia

lo de fuera; la *cultura del sofá*, del *estar bien*, como nueva forma de aburguesamiento, y con la consiguiente merma de sensibilidad hacia las necesidades ajenas en la vida de cada día (sólo las grandes desgracias o catástrofes parecen despertar cierto interés... olvidado a los pocos días); el criterio de *no saber para no comprometerse* ante las grandes urgencias del momento y, en la base de todo, la pérdida de significado real de la persona (en teoría todos la defienden), convertida en medio o instrumento para los objetivos más diversos.

Es el momento de actuar de una manera responsable y comprometida. Dos convicciones han de animar al cristiano en este empeño:

El hombre no ha perdido capacidad de ser más humano y de organizar la sociedad de una forma más humana. Lo que se necesita es reaccionar y comprometerse en una nueva dirección, liberándonos de todos aquellos esquemas y mecanismos deshumanizadores.

Por otra parte, el Espíritu de Dios sigue actuando. "Donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia" (Rom 5, 20). Incluso, los pobres que hoy sufren las consecuencias de una sociedad poco humana, son "portadores de esperanza", pues su situación está clamando algo realmente nuevo.

Esta conciencia de solidaridad ha de llevar al cristiano a promover y participar en organismos y micropolíticas que despierten la responsabilidad colectiva hacia las víctimas, promuevan la integración de los marginados, critiquen la competitividad como valor absoluto, y compartan con otros: análisis, objetivos y estrategias de ayuda y promoción de los excluidos. En definitiva: comprometerse y trabajar por una cultura de la responsabilidad ética y social.

Un cristiano que coopera con otros, creyentes o no, para hacer realidad una globalización ética y humana

La globalización está de moda. Pero reducida, como hasta ahora, al marco meramente económico, comienza a exteriozar aspectos y signos preocupantes. Las manifestaciones *anti*, en ocasión de los últimos foros internacionales sobre la economía global, demuestran que crece la sensibilidad social en contra de una globalización que impone criterios económicos, culturales y políticos, valoraciones y sistemas de vida, que están en el origen no sólo del empobrecimiento cada vez mayor de

los países del Tercer Mundo, sino también de la desigualdad y exclusión social en el mundo occidental.

Ser cristiano o cristiana hoy, implica trabajar codo con codo con otras personas, creyentes o no, en la denuncia de la ideología del fondo del actual neoliberalismo o capitalismo salvaje, y colaborar en organismos, proyectos y estrategias que hagan realidad una globalización más ética y humanizadora (las ONG, bancos éticos, comercios y tiendas del precio justo...)

Cada vez es mayor la conciencia entre los creyentes de que ésta es una de las tareas más significativas de las distintas religiones, y del diálogo interreligioso en particular, en el momento actual: mostrar que de las entrañas de la experiencia religiosa y de la vivencia de la fe, brota la denuncia profética de cualquier situación inhumana, un brote de ternura por los más débiles y desprotegidos, y la consiguiente pasión por la justicia, la paz y el auténtico desarrollo.

Para ello, habrá que vivir y trabajar "contra corriente", convencidos de que:

• La persona es el *actor de la vida personal y social* que vive en relación con los otros, de los que recibe y a los que también da. Y no un mero *individuo*, como quiere la ideología neoliberal, que recibe y succiona pasivamente, carente de dimensión social, ni vínculos, ni estructuras sociales, ni responsabilidad de lo que deje tras su muerte.

• *La* persona *necesita de los otros* para llegar a andar el camino y llegar a ser uno mismo. Y no un individuo autosuficiente, que se construye a sí mismo y no necesita de nadie para realizarse.

• La persona *trabaja al servicio de las causas justas*. Y no es alguien que se sirve de los otros y los utiliza, al margen de cualquier criterio moral.

• La persona está *abierta a la relación y colaboración gratuita con los otros*. Y no es alguien cuyas relaciones están presididas por la competencia o el negocio.

• La persona vive convencida de que la posesión de los bienes y el consumo están *en función de la persona*. Y no es un mero propietario de consumo, convencido de que el tener nos hace más personas, e incrementa la autoestima ante nosotros mismos y ante los demás.

• La persona posee una dimensión social, que le hace *comprometerse en la cultura* para mejorarla y hacerla más humana. Y no es alguien, como pretende el neoliberalismo, preocupado sólo por los propios intereses, a cuyo servicio está el Estado y demás organismos, y con el papel casi exclusivo de asegurar la propiedad de cada uno.

Tipos de creyentes cristianos y novedad cultural

Antes de finalizar, señalo una tipología muy diversa de creyentes cristianos, impensable en otras épocas con mayor uniformidad cultural que ha generado la novedad cultural que vivimos; según se viva la fe en diálogo con la cultura o al margen de ésta.

• El creyente *imperturbado*: aquel que no es consciente del cambio operado en la cultura actual. Y al no ser consciente de ello, lo cambios sociales no constituyen un problema real para su fe. Vive anclado en el pasado. A esta actitud se le ha llamado *fe de carbonero*. Si es auténtica, no es nociva para sí mismo ni para la sociedad. Son creyentes con poca formación religiosa, que viven su fe al margen de lo que sucede alrededor, y cuando cambia el ambiente sociocultural en que se vive, viene la crisis de fe. Es la experiencia de creyentes que han salido del pueblo para insertarse en la ciudad y, poco a poco, casi sin darse cuenta, van cayendo en la indiferencia religiosa.

• El creyente *fundamentalista:* incapaz de comprender y dialogar con la cultura actual. Mantiene sus creencias a ultranza, por miedo al vacío o inseguridad inherentes a todo cambio, llegando incluso a la agresividad. No quiere enterarse de los problemas o interrogantes que todo cambio social suscita a la vida de fe. Incluso, instrumentaliza la fe para que no cambie la situación sociocultural.

• El creyente *dividido*: aquel que incorpora a su vida las manifestaciones de la nueva cultura, pero no acusa las contradicciones que ello lleva consigo. Suele darse en personas con poca capacidad de autocrítica. Personas que se dejan llevar por la inercia de las tradiciones cristianas, y con poca formación religiosa.

• En esta actitud conviven el ser *creyente* y ser *hombre/mujer de hoy*, de forma no demasiado consciente. Al hacerse consciente este maridaje, suelen aparecer los problemas, incluso llegar a la indiferencia religiosa.

• El creyente *recopilador o ecléctico*: aquel que incorpora a su vida los elementos positivos de la fe y del cambio social, pero sin demasiada relación entre ambos. Es un cristiano o cristiana no vinculado a alguna comunidad cristiana con identidad propia; ésta supondría un elemento objetivo y crítico para su forma de vivir la fe.

• Y finalmente, el cristiano o cristiana que podríamos llamar *intérprete* o *hermeneuta*: aquel que se acerca a la propia persona y al ambiente en que vive de forma crítica, y sabe leerlos e interpretarlos desde el Evangelio. Un creyente que vive su fe desde una situación concreta, libremente asumida, y trabaja para lograr una síntesis entre fe-vida, entre fe-cultura. Un cristiano que se siente vinculado personalmente a una comunidad, que le ayuda a situarse ante los cambios sociales, a superar las crisis, a orientar y evaluar su compromiso en la sociedad.

Referencias bibliográficas

ARDUSSO, F., *Aprender a creer. Las razones de la fe cristiana*, Sal terrae, Santander, 1992, pp. 23-88.

BESSIERE, G., *Jesús, manantial inagotable*, Sígueme, Salamanca, 1999.

MARDONES, J. Ma., *En el umbral del mañana. El cristianismo del futuro*, PPC, Madrid, 2000.

OBISPOS VASCOS y NAVARRA, Carta pastoral *Transmitir hoy la fe*, Cuaresma-Pascua 2001, nn. 18-30.

VELASCO, J. Martín, *El malestar religioso de nuestra cultura*, Paulinas, Madrid, 1992, pp. 197-236; 263-335.